

Un puñado de tierra*

Félix Grande

CON MOTIVO DE SU INGRESO EN LA REAL ACADEMIA HISPANOAMERICANA DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS, EL POETA FÉLIX GRANDE EVOCA EL VALOR DE LA AMISTAD AL RECORDAR A FERNANDO QUIÑONES BAJO LA ATMÓSFERA DEL FLAMENCO.

Quiero hablarles a ustedes de un puñadito de tierra hispanoamericana, pero he de comenzar por el principio. ¿Y cuál es el principio? ¿El día en que conocí a mi amigo, a mi hermano Fernandito Quiñones? ¿El día en que Fernando y yo nos fuimos de gira flamenca por varias ciudades de Marruecos, en el año mil novecientos setenta y dos, meses antes del siniestro bombardeo del Palacio de la Moneda? ¿El día en que conocí un prodigio comúnmente llamado Cádiz? No sé cómo empezó, de qué modo, por dónde: el pasado es una turbulencia emocional en donde los acontecimientos se mueven con sigilo para convertirse en recuerdos, y en donde los recuerdos se agolpan sedientos para salir a la plaza de las palabras a beber emoción y a compartirla... Recuerdo ahora súbitamente el título de una novela de Cesare Pavese: *El hermoso verano*. Empiezo, pues, por mencionar el más hermoso verano de mi vida.

En el verano de mil novecientos sesenta y tres Pilar Paz Pasa-mar era la mujer más guapa del mundo. Yo era entonces el hombre más dichoso del mundo, a causa de que el día treinta de mayo de ese mismo año me había casado con Francisca Aguirre. Paquita era la mujer más guapa del mundo. Paquita y yo conocimos a

* Discurso de ingreso en la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias, Artes y Letras. Leído el 23 de noviembre del año 2006.

Pilar Paz Pasamar y a su marido, Carlos, gracias a Fernando Quiñones. Por entonces hacía muy poco tiempo que Fernando Quiñones se había casado con Nadia Consolani. Nadia era la mujer más guapa del mundo.

Por entonces solíamos confraternizar en «Casa Farra», una taberna que estaba muy cerquita de la calle Preciados y en donde nos servían vino maravilloso, procedente de las bodegas de Vinués y Moreno, un vino gaditano que nos sabía a tres mil años de historia mediterránea y a un siglo y medio de flamenco. Y fue allí, en «Casa Farra», bebiendo un vino blanco que el propio Jesucristo hubiera seleccionado para las bodas de Canaán, donde Fernando Quiñones decidió que Paquita y yo conociéramos la ciudad que él más amaba en el mundo. Sabedor de que éramos pobres como las ratas, que no teníamos un duro, y que, en fin, para decirlo de una forma majestuosa, vivíamos instalados en el esplendor de la miseria, buenaventuranza que no tuvo que adivinar, porque era del dominio público, Fernando me miró con ojos resplandecientes de amistad y pronunció palabras mágicas: «Dile a Paquita que el mes que viene veraneáis en Cádiz». Fernando ya había platicado con Pilar Paz Pasamar, de manera que, a nuestra llegada, ella y Carlos nos acogieron en su casa: pensión completa, la habitación más coquetona de su casa de la calle Brasil, todo gratis, y a un tiro de piedra del mar... Ustedes ya lo saben: los poetas líricos podemos relatar con precisión cómo son los barrancos del infortunio y los desfiladeros de la calamidad, pero somos incapaces de referir los ingredientes de la dicha: aquel mes de verano la felicidad nos rodeó como un ejército de besos procedentes de la parte colorada del cosmos, se nos restregaba a la piel como un incienso afrodisíaco, se disolvió en la mar de Cádiz para que el agua milenaria nos untase en los poros el unguento de la inmortalidad... No me voy por los cerros de Úbeda: Paquita y yo, aquel verano fuimos inmortales.

A veces me pregunto: si nuestro matrimonio no hubiese disfrutado en sus comienzos de la amistad de Fernando Quiñones, de la generosidad y la alegría de Carlos y Pilar, de las calles y de las plazas y de la mar y las gentes de Cádiz, del venerable drago que nos dejó embobados frente a la Facultad de Medicina..., ¿habríamos llegado a viejos queriéndonos con una obstinación ejemplar, y ahora ya sin testosteronas ni otros aditamentos, pero

dulcísima, desesperadamente? Cuarenta y tres años colmados han lamido el planeta, con esa caridad bovina con que el tiempo acaricia la indefensión de nuestra especie; cuarenta y nueve años han pasado desde el día en que Paquita y yo nos conocimos en el Aula Pequeña del Ateneo de Madrid; dentro de un año hará ya medio siglo que nos acompañamos en este camino misterioso que va de lo oscuro a lo oscuro... y, si Dios quiere, el año próximo vamos a celebrar nuestras bodas de oro casándonos de nuevo. Y la pregunta es ésta: ¿habríamos llegado a las proximidades de este segundo matrimonio sin la ciudad y sin la mar de Cádiz, sin la historia, sin el ritmo de Cádiz, sin el cante flamenco de esta tierra, sin Fernando, sin Nadia, sin el verano aquel que en nuestro calendario se llama Pilar Paz y su marido Carlos? Seguro que entre ustedes hay por lo menos un iconoclasta que en este instante está pensando: «Ese señor de la cabeza blanca exagera y está dándonos coba». Ya respondió Antonio Machado: «El alma del poeta / se orienta hacia el misterio». ¡Es el misterio lo que estoy tratando de poner delante de vosotros! El poeta Pablo García Baena ha dicho con rotundo sigilo: «La poesía es precisión y misterio». No intento halagar ni envanecer a nadie: lo que trato de hacer es relatar con la mayor precisión que exista en mi imparcialidad que entre los mimbres que forman el misterio que a mí me ampara y a mí me pertenece hay uno, que tiembla todavía, que procede de la calle Brasil, número ocho, a unos pasitos de la playa, en donde Carlos y Pilar se disputan el turno de alimentar nuestra cuenta corriente de alegría para que dure mucho, para que dure hasta la muerte. ¿Y alguien sería tan depravadamente analfabeto como para poner en duda lo que el destino ha escrito en el cuaderno de mi gratitud? Y aún más: Fernando y Carlos no están ya entre nosotros: pero todos sabemos que mientras nosotros vivamos, ellos no van a abandonarnos, no nos van a desamparar. Carlos, Fernando: no nos desamparéis.

Y de pronto el Tiempo hace un pase mágico con su millón de manos y Carlos y yo estamos disputándonos el propósito de, inútilmente, enojar a Pilar y a Paquita mediante el viejo truco de ponderar la estereofónica belleza de aquella actriz de cine que se llamó Abbe Lane, pero que se pronuncia Abelén. Si yo no estoy equivocado, Carlos no se jactó jamás de que las mujeres lo deja-

ran indiferente. Y yo habré sido en esta vida culpable de algunos delitos, pero de esa jactancia no hay nadie que me pueda acusar. De manera que aquella noche de verano Abbe Lane por aquí, Abbe Lane por allá, hasta que Pilar Paz, con una guasa rutilante, y quizá recordando el primero de mis oficios, hizo palmas de villancico y nos cantó «A Belén pastores, a Belén chiquillos...» Ya se lo dije a ustedes: éramos felices. Tiránicamente felices.

Tengo que hablarles de un puñado de tierra hispanoamericana. Procede del aeropuerto de Pudahuel, en Santiago de Chile. Pero aún es pronto. Miro las manecillas del reloj de esta hermosa reunión a la que los miembros de esta Academia han tenido la generosidad de convidarme, miro el color precioso de este honor que me hacéis (me comprometo a intentar merecerlo), miro este instante honroso de mi vida, miro la duración de mi amistad y de vuestra amistad con Fernando Quiñones, y me digo a mí mismo: «Aguarda. No llegues demasiado pronto a la lágrima que todavía gotea desde aquel puñadito de tierra hispanoamericana. Guarda, alma, guarda...»

Mientras aguardábamos a que llegase la vejez y a que llegase el instante absoluto en que quienes nos aman se encarguen de regar el arbolito de nuestro paso por el mundo, vivíamos, trabajábamos, gozábamos de ese portento al que llamamos amistad. Mi amistad con Quiñones fue una de las muletas con que he podido caminar por la vida. Llevo conmigo un caleidoscopio invisible que se llama Quiñones. Lo muevo sin que nadie me vea (en este instante ustedes no pueden ver que estoy moviendo ese caleidoscopio) y cientos de imágenes en cuyo centro está Fernando vienen a mi memoria subidas en sus caballos pequeños, subidas en sus poneys, y deja ante mis ojos un cangilón de música, porque, como ustedes no ignoran, el pasado y la música, tan misteriosos, son amantes.

Todos cuantos me conocen y conocieron a Fernando saben que compartíamos nuestro fervor por el Flamenco. Yo fui su guitarrista. Mal guitarrista, como con mucho acierto ha dicho, ¡y por escrito!, mi hermano Paco de Lucía. Cuando leí aquella página de Paco de Lucía, ¿saben ustedes qué pensé? Esto: Si Fernandito volviera / yo sería su guitarrista: / ¡qué buen compañero era! Todos nuestros amigos saben que Fernando y yo compartíamos nuestro fervor por la música del Renacimiento, la música barroca y toda